

Buenas tardes a todas y todos y gracias de todo corazón por este premio. Muchas gracias, Fundación Pájaro Azul. Muchas gracias, Universidad de Oviedo. Muchas gracias también, Agencia Asturiana de Cooperación al Desarrollo.

Este es un reconocimiento que me hace muy feliz, que me emociona enormemente y, sobre todo, que considero un logro colectivo.

Adoro leer desde niña, pero ahora sé que la literatura con la que crecí y que me mostraba el mundo partía de una visión bastante limitada de la realidad, de un canon mayoritariamente masculino y abrumadoramente occidental. Defoe o Stevenson abrieron ante mí un universo maravilloso, del que jamás podré ni querré borrar al capitán Nemo, el señor Scrooge o las hermanas Bennet. Ahora comprendo, sin embargo, que también era un universo pequeño, con muchas omisiones, sombras y desconocimiento. Un universo falto de piezas de puzzle, carente de melanina, manco de sonidos, cojo de experiencias, ciego a ideas, colores y, sobre todo, historias que se susurran, gritan y escriben desde hace milenios por todo el planeta. Un universo en el que también ocupan su espacio Kaku Anansé, Dabilly, la reina Pokú, Sunyata Keita o Rami.

Llegar al continente africano, para mí, ha sido un viaje inesperado, una serie de suaves empujones de la vida y la gente que me encontré en el camino en la dirección correcta. Mi padre estuvo en la denominada Guerra de África, en el Sáhara, y alimentó mi imaginación niña con historias como la de cobra a la que cebaba con arroz con leche en su trinchera y a la que hacía dormir en su casco. La primera vez que viajé al continente africano fue a Sudáfrica, en 1997, cuando el país pugnaba por salir del trauma del apartheid.

Después llegó Mozambique en 2002, cuando todavía no se sabía del yihadismo ni del petróleo. En Pemba me enteré de que existía un autor llamado Mia Couto, al que tomé por una mujer de primeras, y me enganché a su escritura mágica, plagada de neologismos. Empezando un siglo nuevo, me enrolé en un máster de asistencia humanitaria pensando en Colombia y después de hartarme del frío de Suecia e Irlanda, me asenté en mi hogar, en Canarias, que también es África. Aunque yo no lo tuviera muy presente en ese momento. Conocí la existencia de Costa de Marfil en un encuentro en Tenerife de voluntarios trabajando el tema de las migraciones, cuando en Canarias vivíamos lo que se bautizó como crisis de los cayucos. Empecé a trabajar en Casa África en 2007 y pisé Costa de Marfil por primera vez en 2013. Es el país del que provienen la mitad de mi hijo y el mayor amor de mi vida, además de donde espero retirarme a escribir bajo la sombra de un mango en un futuro pachorriento, amable y luminoso.

Las literaturas africanas han ensanchado y expandido mi mente de tal forma que ya no imagino el mundo que me rodea sin añadirlas al paisaje. En realidad, para ser más precisa, sin que lo tiñan, contaminen y expliquen casi todo. Les han dado la vuelta a muchos de mis dogmas, plantaron preguntas por todas partes y me reviraron la existencia, poniendo en mi camino personas y experiencias inolvidables.

Mi intención hoy no es otra que reivindicar la manada, la piña, la red, la barrera de coral que formamos los enamorados de las literaturas africanas. Deseo agradecer esta distinción de hoy, a quienes la otorgan, porque también son parte de mi secta. Además, quiero dar

las gracias a quienes han hecho posible que este premio me llegue a las manos, plantando lecturas y complicidades durante años. Me reconozco, por tanto, en una tribu que navega entre mundos y espacios y en la que me acompañan Estefanía Calcines, Sonia Fernández, Chema Caballero, Antonio Lozano, Pedro Suárez, Alexis Ravelo y Dagauh Komenan, por nombrar unos pocos.

Promocionar las literaturas africanas no sería posible sin literaturas africanas. Es decir: sin autores y autoras, sin editoriales, sin festivales literarios e iniciativas como este encuentro, sin traductoras y traductores, sin agentes culturales, sin instituciones como Casa África (donde trabajo), sin librerías, sin academia, sin bibliotecas, sin periodistas y, por supuesto, sin clubes de lectura y todas las personas que aprecian y comparten literaturas africanas.

Considero que, en nuestro país, somos un grupo, más bien reducido, de gente entusiasta, excéntrica y con sed de conocimiento. Gente que se indigna cuando las listas de recomendaciones literarias más reputadas dejan fuera a casi todo un continente. Gente que busca llevar lo leído a lo sensorial: saborear el atieké, bailar rumba, comprometerse en proyectos, conocer a otra gente que parece –en principio- radicalmente diferente a nosotros, refrescarse con bisap, iluminar la vida cotidiana con cauríes o índigo o wax, viajar hacia el sur como los pájaros migrantes. Creo que somos gente sabedora de los dramas que se esconden en los recovecos de la vida, pero inasequible al desaliento. Gente con hambre de justicia. Gente curiosa.

Hablo, al menos, de las personas a las que tengo la suerte de conocer a través de los clubes de lectura, de los proyectos

editoriales, de los festivales literarios y de los muchos placeres que las literaturas africanas pusieron, ponen y espero que pondrán muchas veces en mi camino. Por ellos y ellas hablo de un logro colectivo.

Uno de los temas que más me interesan de un tiempo a esta parte son los feminismos africanos. Aunque casi no se conozcan aquí, conforman una galaxia en expansión de movimientos plurales, ricos, combativos, que se apoyan en la tradición y el pasado para proyectarse en el futuro y que entienden las alianzas y lo colectivo no solo como una necesidad: también como algo obvio. Como parte de su ADN. Agradezco a las literaturas africanas que, como esos feminismos, me muestren un mundo de conexiones y luchas en grupo.

Parece que en Occidente nos eduquen para apreciar la historia con hache mayúscula y creo que es necesario llegar al continente africano para que el término “intrahistoria” nos toque. Dejar atrás el recital interminable de fechas trufado de guerras y dinastías de reyes, validos y ministros; las revoluciones con una sola cara o la convención de que culturas y continentes enteros ejercen simplemente de escenario de conquistas, exploraciones y epopeyas ajenas.

Las literaturas africanas también nos muestran que la historia importante es la de la h pequeña y que no se puede reducir el devenir de nuestra especie a un puñado de villanos y héroes que nos llevan a todos en volandas.

Si queremos comprender lo que es una revolución, por ejemplo, basta con abrir "Los maquis", de Hemley Boum. La resistencia del

pueblo bassa contra los colonos franceses en Camerún que ella ficciona nos ayuda a conocer las sociedades secretas de las mujeres y su contribución a la liberación de sus comunidades. Una contribución muchas veces anónima, siempre en grupo y casi siempre borrada de las páginas de la historia que se transmite más velozmente, la que escriben los cazadores en vez de las leonas. La misma labor de cambio de perspectiva, de arqueología de oralidades y de reinscribir a los olvidados en la historia, siempre comunitaria, nos llega con Maaza Mengiste y las etíopes que resistieron a los italianos o Petina Gappah y los africanos que rodearon a David Livingstone o Scholastique Mukasonga, que homenajea a su familia asesinada en el genocidio de Ruanda y, de paso, nos explica cómo se construye un desastre de tales proporciones, poco a poco, palabra a palabra, gesto a gesto.

Mi propósito es seguir juntándome y aprendiendo con gente que se ilusiona al coger aviones que les transporten al Krinjabo de Armand Gauz, el país dogón de Moussa Konaté o el Kahel de Thierno Monenembo. Planear cafés con Donato Ndongu o Lauren Beukes o Nii Ayikwei Parkes. Figurarme cómo traducir la compleja belleza de mil y un autores aún sin obra publicada en español, mientras aprendo de gente como Marta Sofía López o Maya García de Vinuesa o Sandra Guarinos o José Manuel Fajardo. Seguir, como una grupi, el historial de premios y reconocimientos de Véronique Tadjo, Lola Shoneyin, Leonora Miano, Ken Bugul o Boubacar Boris Diop. Leer con prisa y con pausas, pero seguir leyendo y conociendo el mundo que me presentan escritoras y escritores africanos.

Desearía concluir con una cita de Binyavanga Wainaina. Él escribió: “Vivimos el resto de nuestras vidas con el convencimiento absoluto de que, si seguimos las baldosas de piedra de la certidumbre, habrá algo deliberado que hará encajar cada cosa en su lugar”. Creo que no podemos vislumbrar muchas certidumbres en estos tiempos, pero también me parece que los autores y las autoras del continente africano, su diáspora y sus ramificaciones a lo largo de todo el planeta, consiguen que, al menos yo, sienta que piso unas baldosas, quizás no fabricadas con certezas, pero que logran que parezca más fácil encajar en el mundo. Gracias por ser parte de mi tribu.